

LA CORRUPCION HA LLEGADO

La década de 1990 se abrió en Iberoamérica bajo el signo de la transición de los gobiernos militares a los civiles y de la confianza en que los males de la democracia se curan con más democracia.

Al paso que van las cosas, esto último merece ponerse en duda. El año pasado contemplamos el bochornoso espectáculo que dio en Brasil Fernando Collor de Mello, obligado a dejar el mando supremo, acusado de corrupción. Ahora la historia se repite con Carlos Andrés Pérez en Venezuela, país que se enorgullece de haber tenido seis presidentes civiles seguidos. Casos como éstos dejan ver cuán extendida está la corrupción en Hispanoamérica, si bien en general no llega a los extremos que en Italia. Al lado de ella, México es un convento de carmelitas. No obstante que en este país, el único de Iberoamérica con más de medio siglo de sucesión regular de gobernantes civiles, bajo el imperio de un partido gobernante, la “mordida” bajo múltiples formas y escalas ha llegado a ser una especie de institución nacional. En Costa Rica, que, en cambio, no puede exhibir una serie de presidentes civiles tan larga, el último de ellos, Luis Alberto Monge, enfrenta una acusación por corrupción. La situación de Colombia y Argentina en la última década no requiere de comentarios. En cuanto a los golpes de Estado —autogolpes en realidad— de los presidentes civiles Fujimori en Perú y Serrano en Guatemala (aunque fallido este último), muestran que el imperativo de liberar al país de la corrupción puede llegar a tener una fuerza política irresistible, capaz de echar por tierra al andamiaje constitucional de partidos y parlamentos. En Chile, el presidente Aylwin puso el dedo en la llaga en el último mensaje de su período al sostener que —frente a un país conmovido por las revelaciones sobre sucesos como los de la Refinería de Concón, la Digeder y demás— la Administración podrá ser lenta y aun ineficiente, pero no falta de honradez. Lo que no deja de recordar, bajo una forma más académica, la aseveración del último presidente civil anterior a él, Allende, de que en su gobierno se podían “meter las patas”, pero no las manos. Qui s’excuse...

Frente a la marea de la corrupción, lo peor es escandalizarse: cerrar los ojos, alzar los brazos y quejarse de los tiempos que corren. Hay que actuar, no lamentarse. Hay que poner atajo, sin derrotismo, a la avalancha. Si no se acaba con ella, la corrupción puede acabar con los actuales regímenes. Es un problema iberoamericano.

Corrupción no es otra cosa que descomposición. O sea, un proceso por el cual las distintas partes, en lugar de servir al todo, comienzan a girar en función de sí mismas. Se trata, pues, de una especie de cáncer que afecta no sólo a los seres vivos, sino mayormente también a los cuerpos sociales, más vulnerables a él, ya que —como se sabe— entre sus miembros sólo hay una unidad de orden hacia un mismo fin.

Según esto, ningún régimen está a salvo de la corrupción. Bien lo sabían los griegos, quienes, junto a cada forma normal de gobierno, examinaban siempre la forma corrupta. En términos aristotélicos: a monarquía, aristocracia y república corresponden, respectivamente, otras tres formas corruptas: tiranía, oligarquía y democracia. Por eso es una ingenuidad argumentar que la democracia ciertamente tiene defectos, pero es el menos malo de los regímenes posibles. Esto es cabalmente lo que Voegelin llamó la prohibición de preguntar, característica de los pensadores racionalistas decimonónicos desde Hegel hasta Marx, cuya consecuencia lógica fue, en el siglo XX, el totalitarismo en sus dos versiones: nacional socialista y socialista internacional. Los pensadores griegos, en cambio, se atrevieron a preguntar. Por eso ninguno fue tan candoroso como para plantear esa curiosa homeopatía política que pretende curar los males de democracia con más democracia. Sostener tal cosa equivaldría a pretender que el cáncer, en lugar de ser una dolencia mortal, es un signo de salud. Si acaso los males de la democracia se curan, como todos los males morales, se curan con sinceridad suficiente para reconocerlos y con entereza suficiente para combatirlos. La moderna investigación sobre corrupción, desde Van Klaveren hasta esta parte, ha vuelto a reconocer la relevancia del tema, en las más diversas épocas y lugares. Para la democracia, la corrupción no es un problema más. Es el gran problema. Con mayor razón si se trata de esas democracias representativas donde, a diferencia de la griega, hay cúpulas partidistas que monopolizan la elección de los candidatos para las llamadas elecciones populares, de suerte que la única participación que se permite al ciudadano común y corriente es votar, de cuando en cuando, por alguno de tales candidatos, mientras se le exige obedecer siempre a los elegidos, aunque no haya votado por ellos o ni siquiera haya votado. Esto vale lo mismo para las democracias de partido único, como fue la soviética, que para las de partidos múltiples, como son las iberoamericanas. Al respecto, sigue siendo válida la observación de Jellinek: “La representación popular, especialmente en los Estados democráticos, es una especie de oligarquía”. No otra cosa es la “nueva clase” de

Djilas, la “Nomenklatura” soviética o las “cúpulas” partidistas a la italiana o a la hispanoamericana.

Toda una larga serie de autores ha hecho posible los avances de la actual investigación. Entre ellos cabe mencionar a Santo Tomás, del siglo XIII, quien recalcó que la corrupción de la monarquía es la peor y la de la democracia la menos mala, porque de ella aprovechan muchos. Por lo mismo, ésta es también la más fácil y la más frecuente. La razón parece muy clara. Si cualquiera gobierna y por poco tiempo, para muchos es demasiado grande la tentación de aprovechar la oportunidad histórica y “agarrar” algo a la pasada. No es el caso de las aristocracias, que disponen de todo el tiempo por delante para medrar, ni menos de las monarquías, donde hay quien tiene la misión de mantener a raya a los poderosos, so pena de que lo derriben a él mismo.

Pero el texto tal vez más esclarecedor para la actual situación de Hispanoamérica se debe a otro autor, medio milenio posterior, del siglo XVIII, contemporáneo de Montesquieu, el napolitano Juan Bautista Vico. Nadie ha descrito mejor que él cómo mueren las democracias cuando no aciertan a atajar a tiempo la corrupción y cómo dejan paso entonces a la monocracia capaz de poner a raya a los poderosos. Al leerlo se comprende muy bien que la vorágine institucional de Iberoamérica en los siglos XIX y XX, con su interminable alternancia entre gobiernos civiles y gobiernos castrenses, es provocada por los mismos que la lamentan. “Cuando, por último —escribe Vico—, las repúblicas populares se corrompen y existe el peligro de que ellas, por la falsa elocuencia y la degeneración de las luchas de los partidos, caigan en la anarquía, la Providencia dispone que se encuentre entre el pueblo alguien que, como Augusto, se transforma en monarca y restablezca el orden”.

BERNARDINO BRAVO LIRA*

*De la Academia Chilena de la Historia. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.